

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS
MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO
Y SU TRASCENDENCIA EN EL MUNDO BÍBLICO

Joaquín González Echegaray

CONFERENCIA LEÍDA EN LA SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO
EL 14 DE OCTUBRE DE 2004.

Composición y maquetación: Borja Rodríguez Gutiérrez

I. S. B. N.: 978-84-935227-2-8
Depósito Legal: S A -56 -20 0 8
Imprime: Imprenta Cervantina
Edita. Sociedad Menéndez Pelayo
Casa-Museo Menéndez de Pelayo
C/ Gravina, 4.
39007. Santander. Cantabria. España.
[http:// www.sociedadmenendezpelayo.es](http://www.sociedadmenendezpelayo.es)
DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsmmp.41>

Conferencias y Discursos. N° 15
Enero. 2008.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO Y SU TRASCENDENCIA EN EL MUNDO BIBLICO

Resumen

Los manuscritos del Mar Muerto fueron descubiertos casualmente en varias cuevas del Desierto de Judá el año 1947. Actualmente están depositados en el Museo de Israel de Jerusalén. Su importancia reside, por un lado, en que nos dan una versión de la Biblia (Antiguo Testamento) tal y como era leída en Judea en los siglos II a. C. a I. d. C., con algunas variantes sobre la versión hebrea que se nos ha transmitido a lo largo de la Edad Media. Por otro, en que nos ofrece la literatura compuesta por la secta de judíos que vivía allí recluida: los esenios. Las excavaciones arqueológicas han dado con las importantes ruinas del monasterio donde hacia la vida la comunidad religiosa que habitaba en las cuevas.

THE DISCOVERY OF THE DEAD SEA MANUSCRIPTS AND ITS IMPORTANCE IN THE BIBLICAL WORLD

Abstract

The writings of the Dead Sea were discovered in some caves of the Judean Desert in 1947. These scrolls are now in the Israel Museum of Jerusalem. They, and the research to which they have given occasion, are important because they are the oldest biblical manuscripts of the Old Testament. On the other hand, among the Dead Sea scrolls there are many writings concerning the rules of the sectarian community of Essenes. The archaeological excavations have discovered the building for communal activities of the monastic people who dwelled in the caves.

El hallazgo de los famosos manuscritos del Mar Muerto causó sensación allá por los años "cincuenta", siendo tema de portada en revistas de todo tipo y objeto de reportajes en periódicos del mundo entero. Pero hace relativamente poco ha vuelto a reclamar la atención de la prensa mundial con motivo de las manifestaciones de ciertos periodistas americanos, que han propagado el escándalo de que una parte de los manuscritos había sido prácticamente secuestrada por las autoridades religiosas judías y el Vaticano -de mutuo acuerdo-, porque tales manuscritos comprometían la veracidad histórica de ambas religiones. Quienes, desde el punto de vista puramente científico, hemos seguido desde el primer momento el tema sabemos de la falsedad y ridiculez de tales infundios, pero, por aquello de que "no hay mal que por bien no venga", la campaña de prensa y algunos libros han contribuido eficazmente a despertar la atención de un amplio público por temas que durante bastantes años resultaban tan solo de interés para los estudiosos.

En este contexto se inserta la presente conferencia. Les advierto que no vamos a perder ni un minuto más en exponer y rebatir los argumentos de la polémica, porque no merece la pena. Sí, en cambio, vamos a aprovechar la ocasión para presentarles una visión concisa sobre el carácter de los famosos descubrimientos; por supuesto, sin rehuir las implicaciones, que

en orden a la ambientación de los orígenes del Cristianismo, tengan los datos aportados por tales hallazgos.

En un tema como éste hay dos vertientes metodológicamente diferenciadas: la que se refiere a los hallazgos y el resultado de las excavaciones; y la que atañe a la lectura, interpretación y estudio de los textos. Desde mi condición profesional de arqueólogo y no filólogo enfocaré la exposición preferentemente en el primer sentido, aunque trate de dar también para Uds. un resumen de los planteamientos del campo filológico.

Como todos Uds. saben, el Mar Muerto y sus riberas es el lugar mas profundo de la superficie de nuestro planeta. Concretamente, las playas de este mar interior están a 403 metros por debajo del nivel del Mediterráneo. Aquí viene a morir el río Jordán, cuyo constante aporte de agua dulce no es suficiente para contrarrestar la gran evaporación que acaba concentrando la sal en el Mar Muerto, al que los antiguos llamaban por ello Mar de la Sal. Sus aguas son tan densas y en contacto con emanaciones bituminosas, que es imposible allí la vida. El inhóspito Desierto de Judá se extiende hasta sus orillas y constituye uno de los parajes mas dantescos del mundo, con una insólita presión atmosférica y temperaturas que en ocasiones pueden llegar a 50. C a la sombra.

El desierto, en la creencia popular judía, era el lugar donde habitaba de forma permanente el demonio, lo cual aparece evidenciado repetidamente en los evangelios. Pero, además y por paradójico que parezca, el desierto evocaba a los israelitas la historia de la salida de Egipto y los años de vagar por él en busca de la Tierra Prometida, y especialmente se hallaba vinculado al recuerdo de la teofanía del Sinaí, cuando Yave-Dios hizo alianza con su pueblo.

Por eso, los profetas, en su fustigación de las costumbres, venían evocando los días antiguos del desierto, hasta el punto de irse creando en ciertos ambientes una tendencia mística de vuelta a el, incluso físicamente, como lugar mas adecuado de encuentro con Dios.

Un famoso naturalista y geógrafo de la antigüedad, Plinio el Viejo, que llevado de su pasión científica encontró la muerte durante la erupción del Vesubio en el año 79, habla, como no podía ser menos, del Mar Muerto y, lo que para nosotros resulta mas sorprendente, describe viviendo allí retirada a una secta religiosa de judíos. Dice así: "Al occidente del Mar del Asfalto (Mar Muerto) y a una distancia donde ya no llegan sus dañinos vapores, viven los esenios, hombres solitarios y admirables entre todos los pobladores de la Tierra; sin mujeres, ya que han renunciado a los placeres de la carne y sin dinero; su única compañía son las palmeras. Crece sin cesar la

muchedumbre de los asociados, gracias a las nutridas oleadas de aquellos que hastiados de la vida, tuvieron la suerte de ser atraídos a su convivencia. De este modo se perpetúa a través de los siglos esta raza, en la que nadie nace: tan fecundo ha sido para ellos el tedio y el hastío de los demás". Estos esenios, que nunca aparecen citados en la Biblia, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, ni tampoco en las fuentes rabínicas, nos eran ya conocidos por la mención que de ellos hicieron los escritores greco-judíos contemporáneos, Filón y Flavio Josefo, y por el hallazgo en El Cairo en 1897 de un documento originario de Damasco.

Así las cosas, una serie de coincidencias casuales iba a revivir y documentar las escasas referencias que la antigüedad nos había legado acerca de esta misteriosa comunidad, que -no lo olvidemos- fue rigurosamente contemporánea de Jesús de Nazaret.

El punto de partida lo constituye una anécdota, que, pese a su aparente carácter banal, iba a ser decisiva en esta apasionante historia. Estamos en la primavera de 1947. Un joven beduino, perteneciente a la tribu Ta'amre que habita en el Desierto de Judá, se afanaba por encontrar una cabra que se había extraviado del rebaño. Los beduinos, que se dedican al pastoreo, poseen ganado menor consistente en ovejas blancas de grueso y seboso rabo, juntamente con negras cabras lanudas.

Conducen su rebaño a través de los barrancos (los wadis), en busca de la escasa y rala vegetación que junto a ellos puede aún conservarse. El rebaño único suele estar integrado por ambas especies, que a veces, al atardecer, el pastor separa, colocando las ovejas sobre una ladera y los cabritos sobre la contraria, según la descripción evangélica.

También, como en la parábola evangélica, nuestro zagal dejó las 99 ovejas y fue en busca de la perdida. Recorría los acantilados rocosos de las inmediaciones del Mar Muerto por ver si el animal, buscando algo de verde que pudiera nacer en la umbría, se había quedado peligrosamente colgado de alguno de aquellos precipicios. El beduino, llamado Muhammed, descubrió un boquete en la roca. Ante la posibilidad de que allí se encontrara la cabra, o simplemente por curiosidad, lanzo una piedra al oscuro interior. Entonces se produjo un ruido seco, un chasquido, como si se hubiera roto una vasija. Sorprendido e intrigado, el joven fue a buscar a su amigo Ahmed, y ambos, al día siguiente, lograron penetrar en el antro, encontrándose allí con ocho vasijas alargadas. Estaban vacías, salvo una que, para decepción de los muchachos, no contenía monedas de oro, sino un rollo mugriento, todo el escrito con letras muy apretadas, así como otros des rollos menores. Acababa de tener lugar uno de los descubrimientos arqueológicos mas importantes del siglo XX.

A partir de este momento comienza una fascinante historia, cuyos datos más relevantes sólo podemos ya consignar aquí. Hay que tener en cuenta que los hechos coinciden con la primera guerra árabe-israelí. Los beduinos, sorprendidos por el hallazgo, llevaron los rollos a Belén, donde se hizo cargo de los mismos un anticuario. Éste pasó con los manuscritos a Jerusalén y los entregó en el convento sirio-ortodoxo de San Marcos. Los monjes, aunque intuían el interés del hallazgo, no estaban preparados para determinar su valor. Fueron con los tres rollos, que en realidad eran el libro de Isaías, el Manual de Disciplina o Regla de la Comunidad y el Comentario a Habacuc, nada menos que a Beirut, pero, dadas algunas circunstancias adversas, se volvieron sin el resultado apetecido. Entraron entonces en contacto con la Universidad Hebrea de Jerusalén, gestión altamente comprometida en aquellos momentos, y finalmente con la *American School of Oriental Research* de Jerusalén. Aquí fue donde en realidad se identificó la naturaleza del hallazgo y se fotografiaron por primera vez los rollos. Al fin, el metropolitano del monasterio, llamado Mar Atanasio, emprendió vuelo con ellos a los E.E.U.U. y allí logró venderlos por una suma razonable.

A su vez, monjes y beduinos procedieron a requisar la cueva, de donde sacaron nuevos manuscritos y fragmentos, algunos de los cuales fueron vendidos por el anticuario de Belén a la Universidad Hebrea. En 1949 la guerra había terminado en

un armisticio, y, como consecuencia de ella, la cueva de Qumrán, que así se llamaría por el nombre del barranco cercano, pasó a formar parte del estado de Jordania, lo mismo que Belén y la Ciudad Vieja de Jerusalén, es decir, todos los lugares de nuestra historia. La incomunicación entre Jordania e Israel se hizo hermética. Sin embargo, prácticamente todo lo hallado hasta entonces estaba en manos judías, incluidos los rollos vendidos en América y adquiridos allí por la propia Universidad Hebrea de Jerusalén.

A partir de 1951 los beduinos descubren nuevas cuevas: Qumrán 2, y las cuatro grutas de Murabba'at, éstas también con manuscritos aunque de distinta índole. El gobierno jordano se hace cargo de la situación para impedir la intervención israelí y, de acuerdo con la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén, inicia la exploración de los yacimientos y recoge los nuevos manuscritos que se hallaban depositados en Belén. La nueva exploración sistemática de aquella zona del desierto dará lugar al hallazgo de Qumrán 3 en 1952 y así sucesivamente hasta Qumrán 11 en 1956, si bien algunas de estas cuevas son halladas directamente por los beduinos, como Qumrán 4 y 6. A su vez, entre 1951 y 1956, se excavan las ruinas del antiguo monasterio judío -Khirbet Qumrán-, donde vivieron los autores o propietarios de los manuscritos. Es la vieja instalación de que hablaba Plinio, y que dará sentido a todo el complejo de descubrimientos. Aunque el equipo de investigadores,

arqueólogos y papirólogos, era bastante nutrido, la figura señera de todos estos trabajos científicos fue, sin duda, el P. Roland de Vaux, Director de la Escuela Francesa de Jerusalén.

Los manuscritos de Qumrán, normalmente sobre pergamino, constituyen una colección de valor inapreciable. Entre ellos, algunos se encuentran muy bien conservados, formando un rollo completo, es decir, un libro. Pero existen también miles de fragmentos sueltos, que requieren ser recompuestos a la manera de un rompecabezas, hasta que se logre identificar su contenido. En este terreno aún queda mucho por hacer. La mayoría de los manuscritos están redactados en hebreo, pero los hay también en arameo y hasta en griego.

Pueden dividirse en dos grandes secciones. Aquellos que pertenecen a la Biblia, como el citado Rollo de Isaías; y los que constituyen una producción literaria propia de la comunidad, como el citado Manual de Disciplina. Respecto a los primeros hemos de decir que, hasta ahora, en Qumrán se encuentran de forma mas o menos completa todos los libros que integran la Biblia, salvo el libro de Ester. Para que Uds. se den cuenta del valor del hallazgo, es preciso que recuerden que la versión hebrea de la Biblia que nosotros poseemos y manejamos, tanto judíos como cristianos, es el llamado Texto Masorético. En la Biblia, como en cualquier libro de la antigüedad que se transmitía copiándose a mano, había múltiples variantes y diferentes

versiones. Los rabinos, para evitar algo que parecía indecoroso a la Palabra de Dios, decidieron compulsar todas las variantes, elegir las mejores y destruir las distintas versiones, fijando un texto único e inviolable. Este es el texto masorético, cuyo nombre viene de los "Masoretas", una escuela de rabinos del siglo IX d. C. Ellos, además, idearon una puntuación especial para fijar las vocales, ya que, como Uds. saben, la escritura hebrea original carece de ellas, lo que también es un factor que puede contribuir a la ambigüedad del texto.

Con los descubrimientos de Qumrán nos encontramos ante una nueva versión hebrea de la Biblia, distinta de la que hasta ahora se conocía. Ello ha contribuido a profundizar en el estudio del primitivo texto, de su pluralidad y de la existencia de distintas versiones del mismo ya claramente diferenciadas en la época de Jesús. La Iglesia, desde los primeros tiempos, ha utilizado la traducción griega de la Biblia, llamada de "Los Setenta", de origen alejandrino, que data al menos en parte del siglo III a. C. Pero, frente al texto hebreo masorético, la versión griega siempre era considerada de menor fiabilidad. Ahora vemos que el nuevo texto hebreo de Qumrán se aproxima a veces más a Los Setenta, que a la versión masorética, lo que ha contribuido a devolver credibilidad a la famosa traducción griega.

No podemos continuar insistiendo en estas consideraciones, dada nuestra limitación de tiempo. Lo que sí hemos de puntualizar para los no iniciados es que, cuando estamos hablando de diferentes versiones del texto bíblico, nos referimos siempre a pequeñas variaciones que no afectan al sentido general del mismo y cuyo valor es sólo objeto de aprecio por parte de los estudiosos especialistas.

Junto a los numerosos manuscritos que reproducen textos bíblicos del Antiguo Testamento, han aparecido otras composiciones literarias, obra original de los esenios de Qumrán. Se trata de libros referentes a la vida de la comunidad, como son el citado "Manual de Disciplina", la "Regla de la Congregación", el "Libro de la Guerra", el Rollo del Templo", etc., de extraordinario interés, pues nos ilustran acerca de las ideas y mentalidad de aquellas gentes allí recluidas. Hay también himnos y salmos de carácter litúrgico, destinados al culto de la comunidad. Finalmente, señalemos la presencia de numerosos apócrifos del Antiguo Testamento, como el Libro de Enoc, la mayoría de los cuales ya conocíamos, así como comentarios a libros bíblicos, como es el citado Comentario de Habacuc. En 1992 Florentino García, profesor de la Universidad de Groeningen, uno de los dos españoles miembros de la actual Comisión Internacional para la edición de los manuscritos de Qumrán, publicó la traducción española completa de todos los textos no bíblicos. El libro ha tenido un considerable éxito y ha

sido traducido a otras lenguas, pues algunos textos era la primera vez que podían leerse en una lengua moderna. En realidad, ya en 1956 Antonio González Lamadrid había publicado en español algunos de los mas significativos textos de Qumrán.

Antes de pasar a otro tema creo necesario responder a la pregunta que muchos de Uds. se están ya, sin duda, formulando: ¿De qué época son estos manuscritos? La respuesta hoy en día es ya segura. Aunque, como es natural, no son todos exactamente del mismo momento, podemos afirmar que la fecha de los manuscritos en su conjunto va desde el siglo II a. C. al siglo I d.C.

Ahora bien, los autores y dueños originales de los manuscritos eran quienes vivían en el establecimiento monacal de que ahora hablaremos. El hecho de que los libros hayan sido depositados en las cuevas se debe a la Guerra Romano-Judía del 67-72 d. C., cuando, ante el peligro de destrucción del monasterio, la biblioteca del mismo fue repartida en lotes y ocultada en las distintas grutas perdidas en el desierto. Veamos pues lo que la arqueología nos ha enseñado acerca de las condiciones de vida de los esenios de Qumrán.

Las ruinas excavadas ocupan una superficie de 4.000 metros cuadrados. Se encuentran al pie de los acantilados

calcareos rojizos donde se abren las famosas cuevas. Khirbet Qumrán está sobre una amplia terraza que domina la orilla del Mar Muerto, cerca de la desembocadura del propio Wadi Qumrán, torrentera de cauce seco, como otros wadis del desierto, por donde sólo corre agua en forma violenta algunas horas al año. Y aquí nos encontramos con el primer problema que hubieron de resolver los esenios. Contemplando las ruinas del monasterio sorprende el hecho de que las estructuras más destacadas se refieran precisamente al sistema de conducciones hidráulicas. En efecto, hay una red de captación, cuyo principal origen proviene del citado wadi, que conduce las aguas por cuidados canales hasta una serie de enormes depósitos y piscinas, más de diez, que se extienden por todo el monasterio, hasta que el agua llega a la zona de servicios, donde se encontraban los talleres y la lavandería. Se trataba de prevenir la terrible sequedad del desierto, donde sólo llueve contados días en invierno. Al parecer, lo consiguieron con éxito. Por los textos hallados sabemos que las purificaciones con agua formaban parte del ritual de estos esenios; de ahí las numerosas y amplias piscinas, con sus escaleras de bajada y subida, que, como hemos dicho, llaman la atención entre las ruinas de un monasterio situado en uno de los parajes mas inhóspitos del mundo.

En realidad, el monasterio no era un edificio único, sino un complejo de construcciones, al estilo de las abadías medievales cristianas. Tenía cerca de la entrada una torre. Poseía

numerosas dependencias, pero carecía de dormitorios, lo que quiere decir que los miembros de la comunidad vivían normalmente como anacoretas o ermitaños en las cuevas y sólo acudían al monasterio para los actos públicos, bien de carácter cultural o comunitario, y para lo relacionado con los servicios, ya que la zona de talleres era muy importante. Allí incluso se fabricaba en abundancia la cerámica común. Por su parte, la cocina era enorme y poseía cinco hogares. En una de estas piezas de servicio apareció oculto un tesoro dentro de tres vasijas. Consistía en 563 monedas de plata.

Entre las distintas dependencias del monasterio destaca una sala de reuniones para el Consejo, con bancos adosados a la pared; pero, sobre todo, el *scriptorium* o lugar donde se copiaban los textos. Se han hallado los pupitres de los amanuenses con sus asientos, todos fabricados en cerámica. Incluso han aparecido hasta los tinteros.

Pero la pieza principal, a juzgar por sus dimensiones, es la sala dedicada a comedor o refectorio, que debió servir también como lugar de asamblea para toda la comunidad. Tiene unas dimensiones de 23 por 4 metros. Junto a ella hay una sala menor destinada a guardar la vajilla. Esta comprendía 210 platos, 700 escudillas y 75 copas.

Fuera ya del recinto se ha excavado el cementerio, donde han aparecido mas de 1.100 sepulturas, y, lo que es curioso, no sólo de varones adultos, sino también de mujeres y niños. Aunque en el monasterio sólo vivían hombres -diríamos, los de la estricta observancia-, sabemos que la secta de los esenios contaba también con el resto de la población natural y que en Jerusalén, al sur de la ciudad, tenían un barrio donde habitaban, según nos indica Josefo. Es posible que acudieran a Qumrán sólo para las grandes solemnidades, entre las que habrá que contar las ceremonias fúnebres.

Del estudio estratigráfico realizado durante la excavación, así como del análisis de la cerámica, monedas, etc., se ha podido precisar la cronología de Khirbet Qumrán. La instalación comenzó a funcionar en la primera mitad del siglo I a. C. El año 31 a. C. fue interrumpida por un terremoto (los alrededores del Mar Muerto son una zona de alto riesgo sísmico). Las huellas que el siniestro dejó en ciertas partes de la construcción son aún evidentes, a pesar de que las grietas fueron reparadas en época posterior. La existencia de este terremoto durante el reinado de Herodes el Grande nos era conocida a través de Flavio Josefo. A partir de entonces el monasterio se reconstruye y amplía, correspondiendo esta fase a la época de su mayor esplendor, contemporánea de Jesús. Esta segunda etapa finaliza con una segunda destrucción, que tiene lugar hacia el año 70 d. C., con motivo de la guerra contra Roma. Qumrán es

entonces ocupado por una pequeña guarnición romana. Entre el 131 y el 135 d. C. el viejo monasterio vuelve a ser habitado, en este caso por los judíos sublevados a las órdenes del caudillo Bar Kokheba, hasta que de nuevo será destruido por los romanos y definitivamente abandonado.

Los esenios, tanto por lo que hasta ahora sabíamos de ellos, como sobre todo por la documentación aportada tras la exploración de Qumrán, constituían una comunidad religiosa específica -llamémosla "secta", si no fuera porque esta palabra se halla hoy muy desprestigiada- en el seno de la sociedad judía de entonces, a la manera de los saduceos y los fariseos. La mayoría de los esenios, al menos sus dirigentes, eran de estirpe sacerdotal, pero en total desacuerdo y ruptura con los sacerdotes que ejercían en el templo de Jerusalén, los cuales se hallaban normalmente vinculados a la secta de los saduceos. Esto obligó a los esenios a rechazar la autoridad del Sumo Sacerdote, a abandonar el culto oficial y a retirarse al desierto. Entre ellos tenía particular aprecio la piedad sincera y espiritualista, la renuncia a los placeres mundanos, un ascetismo riguroso, la renuncia a las riquezas y el seguimiento de la castidad perfecta. Ya nos hemos referido a la importancia que en la vida cultural tenían las purificaciones y baños rituales y el esfuerzo realizado para hacerlo compatible con su vida retirada en medio del desierto. Otra de las ideas características de los esenios era la creciente expectación mesiánica, que presidía toda su actividad

comunitaria. También tenían mucha importancia los conceptos acerca de la resurrección y la otra vida.

El ritual de los esenios daba especial relieve a ciertas comidas comunitarias, en las que se valoraba su trascendencia escatológica, en el sentido teológico del término, y adquiriría un significado especial la bendición del pan y del vino.

Cualquiera que esté familiarizado con las prácticas de la iglesia primitiva hallará en el comportamiento de los esenios una sorprendente ambientación, no sólo por lo que a las ideas y ritos se refiere, sino también en el lenguaje. Así cierta fraseología del evangelio de Juan o de las cartas de Pablo, que se refiere a los "hijos de la luz" y a los "hijos de las tinieblas", constituye el tema central de uno de los libros esenios, aparecidos en Qumrán.

Aunque, como decimos, el conocimiento de los manuscritos del Mar Muerto nos ayude a ambientar la predicación de Jesús y los primeros pasos de la Iglesia, haciéndolo todo mucho más comprensible históricamente de lo que hasta ahora se había sospechado, sería no obstante falsear la realidad el forzar los paralelismos hasta el extremo y derivar sin más el movimiento cristiano de la doctrina esenia. Esto es totalmente inadmisibles, dadas las divergencias de fondo y de forma que fácilmente pueden apreciarse.

Para ilustrar cuanto venimos diciendo con un ejemplo, vamos a fijarnos en la figura evangélica de Juan Bautista. El hecho de que se muestre a Israel en el desierto de Judá, como dicen los cuatro evangelistas, que lleve una vida en extremo austera, que hable de penitencia y preparación para la llegada inminente del Mesías y cite textos de los profetas, principalmente Isaías, que practique purificaciones simbólicas en el agua del Jordán (el bautismo), etc., nos podría llevar a suponer que Juan era miembro de la comunidad de Qumrán, o al menos integrante de un movimiento paralelo, ya que pensamos que Qumrán no era un caso único. A esto se añadiría el hecho de que, según Lucas, Juan era de familia sacerdotal, hijo del sacerdote Zacarías, igual que la clase elitista de los esenios, y que desde niño se había formado habitando en el desierto, sin duda bajo un magisterio competente en algún centro de espiritualidad. "El niño crecía y se fortalecía en espíritu y moraba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel" (Lc I, 80). Nada tendría, pues, de extraño que Juan el Bautista hubiera en efecto pertenecido a una de estas sectas, sin excluir la propia de Qumrán. Sin embargo, esto lo niegan en absoluto algunos especialistas en el tema de, como H. Stegeman y F. García. Según ellos, ciertos detalles como el vestido y la alimentación, de que expresamente hablan los evangelios respecto al Bautista, están en total desacuerdo con las costumbres de los sectarios de Qumrán.

Por el contrario, la figura de Jesús aparece completamente independiente de este movimiento y más en contacto físico y polémico con la secta de los fariseos. Jesús no es de estirpe sacerdotal, sino de la tribu de Judá y familia de David, pasa su juventud dedicado al trabajo profano en una aldea de la verde Galilea, lejos física e ideológicamente del ambiente del desierto. Dice el evangelio: "Porque vino Juan, que no comía ni bebía , y dijisteis: está endemoniado; pero vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: He aquí un comilón, bebedor de vino y amigo de publicanos y pecadores" (Lc 7, 33-34). Esta descripción de Jesús, por contraste con Juan, se halla en total desacuerdo con la figura de un esenio. Es cierto que, al comienzo de su vida pública, Jesús también se retira al desierto, pero lo hace simbólicamente y por breve tiempo (40 días), tras recibir el bautismo de Juan. En cualquier caso obedece a la creencia generalizada entonces de que el Mesías debía aparecer viniendo del desierto (Mt 24, 25).

Muchas más consideraciones podríamos hacer aquí sobre el valor de los descubrimientos de Qumrán para un conocimiento más cabal del propio evangelio, pero ha llegado ya el momento de poner punto final a esta exposición, que naturalmente debe ajustarse a un tiempo limitado. Gracias por su atención.

Nota bibliográfica

La bibliografía sobre el tema es amplísima en todas las lenguas, pero entre las obras en español hemos seleccionado estas:

GONZÁLEZ LAMADRID, A., *Los descubrimientos del Mar Muerto. Balance de 25 años de hallazgos y estudios*, BAC. , 38ª edición, Madrid 1985.

GARCÍA MARTINEZ, F., *Textos de Qumrán*, Ed. Trotta, 28ª edición, Madrid 1993.

TREBOLLE BARRERA, J. (ed.), *Paganos, judíos y cristianos en los textos de Qumrán*, Ed. Trotta, Madrid 1999.

VAZQUEZ ALLEGUE, J. (ed.), *Para comprender los manuscritos del Mar Muerto*, Ed. Verbo Divino, Estella 2004.

